

el campo no se vuelva a lo de atrás. Acordaos de la mujer de Lot. El que quiera salvar su ánima la perderá, y el que la pierda la vivificará».

Es decir, el que quiera dar a su alma la vida, comodidades y bienestar de este mundo, ese la perderá para el otro; y el que crucifique su espíritu y lo prive de los bienes de este mundo por Dios, ese alcanzará la verdadera vida.

¿Quién será este que alcance la vida y quién el que la pierda? ¿Quién lo sabe? todos debemos temer y estar preparados, porque solo se atenderá a la buena o mala conducta, y no a las condiciones humanas. Porque dice:

«Dígoos: En aquella noche estarán dos en un mismo lecho; el uno será tomado y el otro dejado. Estarán dos juntas moliendo, la una será tomada y la otra dejada. Estarán dos en el campo, el uno será tomado, el otro será dejado».

Vínoles a los discípulos curiosidad de saber dónde sucedería esto y le dijeron:

«—Dónde? Señor.

»Y él respondió diciendo: Donde esté el cuerpo allí se juntarán también las águilas».

Como quien dice, en todas partes, donde quiera que haya hombres buenos o malos, allí será el juicio, sin necesidad de más.

Vivamos preparados. Ni ahora, ni después, como veremos, quiere decir cuándo determinadamente será el juicio, para que estemos siempre preparados y siempre dispuestos a él. Tanto más cuanto que para cada uno ya este juicio es el día de su muerte, que también vendrá como un relámpago cuando menos pensemos.

202. PARÁBOLA DEL JUEZ INICUO

(L. 18, 1-8)

Sea con esta ocasión, sea con otra, les propuso en este camino una parábola para probarles la necesidad de vivir en continua oración, no, claro está, incesante a la letra, porque tal cosa es imposible, pero sí, como solemos decir de otras cosas, que conviene estar siempre, por ejemplo, confrontando las cuentas, vigilando a los dependientes, y así de otras cosas de la vida. Y dice San Lucas:

«Decíales asimismo una parábola sobre que es menester orar en todo tiempo y no descansar, diciendo: Erase en una ciudad un juez que ni temía a Dios ni respetaba a hombres. Y había en aquella ciudad una viuda y venía a él diciendo: Hazme justicia de mi adversario.

»Y él no quería durante algún tiempo. Pero al cabo de esto se dijo a sí mismo: Aunque yo no temo a Dios ni respeto a hombres, sin embargo ya que tanto me está molestando esta viuda voy a hacerle justicia, no sea que el mejor día venga y me arañe.

»Y dijo el Señor: Ya habéis oído lo que dice el juez inicuo. Pues Dios ¿no ejercerá la venganza de sus escogidos que claman a él día y noche? y va a tener paciencia en lo de ellos? Os aseguro que los vengará muy pronto».

Entonces como pensando en el estado en que encontrará al mundo cuando venga a juzgarle, puso esta misteriosa consideración capaz de hacernos temblar a todos los hombres, sobre todo al ver la frialdad con que vivimos.

«Aunque el Hijo del hombre, cuando venga ¿acaso encontrará la fe en la tierra?»...

203. PARÁBOLA DEL FARISEO Y DEL PUBLICANO

(L. 18, 9-14)

No sé si estaban por allá algunos fariseos. Parece que sí, y que debían dar muestras de desdén y arrogancia, y manifestar desprecio para con el vulgo que oía sencillo la doctrina del Maestro. Volvióse el Señor a ellos y

«Dijo a algunos que muy pagados de sí como si fuesen justos, despreciaban a los demás, esta parábola:

«Subieron al templo dos hombres a orar: el uno fariseo y el otro publicano.

»El fariseo de pie oraba para sí de esta manera: Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, inicuos, adúlteros, o también como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, doy diezmos de todo cuanto poseo.

»En cambio el publicano, puesto de pie lejos, no quería ni alzar los ojos al cielo, sino que golpeaba su pecho, diciendo: Oh Dios, compadécete de mí, el pecador.

«Os aseguro que éste bajó justificado a su casa y no aquél. Porque todo el que se ensalza a sí mismo, será humillado, y el que a sí mismo se humilla será ensalzado».

Clavados debieron quedar los fariseos que esta parábola escucharon. Porque vieron en ella sin duda ninguna su propio y verdadero retrato. No es muy diferente del estilo de esta oración el de aquella otra que está en el tratado de Berachot: Te doy gracias (dice o debe decir el que sale de la casa de la doctrina) te doy gracias ¡oh Dios! porque me has dado un sitio entre los que se sientan en la casa de la doctrina, no entre los que sientan en las esquinas; (alude a los cambistas y mercaderes) yo me levanto al crepúsculo, y al crepúsculo se levantan ellos: pero yo me levanto a cosas de la ley y ellos a cosas vanas. Yo trabajo, y trabajan ellos; pero yo trabajo y recibo premio, y ellos trabajan y no reciben premio. Yo corro y corren ellos; pero yo corro a la vida del siglo venidero, y ellos corren a la hoya de la perdición». Y del Rabino Simeón ben Jochai se cuenta que dijo entre otras cosas una vez: Si hay dos justos en el mundo, somos mi hijo y yo; y si hay un justo solo, soy yo.

Oh bendita humildad! desdichado el que no te conoce y feliz el que te tiene! Nada hay ni en la tierra ni en el cielo que resista a la humildad.

204. INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO

(Mc. 10, 1-12; Mt. 19, 1-12; 5, 31.32)

Caminando vino a pasar el Jordán y a caer de nuevo a los confines de Judea. Y como de costumbre le siguieron las muchedumbres de otras veces, y púsose de nuevo a enseñar y a curar.

«Entonces unos fariseos se le acercaron para tentarle y le dijeron:—Es lícito al varón repudiar a su mujer por cualquier causa?»

Cuestión grave y delicada. El Deuteronomio decía: «Si un hombre toma una mujer y habiéndola hecho su esposa, si ella viene a ser desagradable a sus ojos porque él ha descubierto en ella cosa repugnante, que le escriba el libelo (o certificado) de repudio, que se lo ponga en la mano, y que la eche de su casa».

Suponiendo la buena conciencia de los súbditos la ley no determina más aquella famosa frase «cosa repugnante» *ervath dabar*. Y sobre su significado había entre los judíos muchas disputas, dividiéndose los pareceres en dos escuelas, laxa la una en su interpretación, y más rigurosa la otra. Era maestro de la primera el famoso Hillel, quien decía que el marido podía divorciarse de su mujer por cualquier cosa que descubriese en ésta que no le gustase. Schamai, por el contrario, no admitía más causa de divorcio que el adulterio o alguna falta contra la castidad del matrimonio.

Grande era el ardor con que se disputaban las escuelas sus dos teorías. Naturalmente los más libres y desmoralizados seguían la escuela de Hillel. Los más dignos y severos se complacían en la sentencia de Schamai. Quisieron, pues, los fariseos poner a Jesús en aprieto para que disgustase o a unos o a otros, fuese cual fuese su parecer. Pero estaban muy lejos de esperar la sentencia que salió de los labios del Señor.

Preguntado por los fariseos, respondió también el preguntado a su vez, y dijo:

«—Qué os mandó Moisés?»

«Respondieron:—Moisés permitió escribir libelo de repudio y repudiar.

»Y respondiendo Jesús, les dijo:—No habéis leído que quien hizo al hombre desde el principio de la criatura, los hizo varón y hembra? y dijo: por esto dejará el hombre su padre y madre, y se adherirá a su mujer y serán los dos para una carne? De modo que ya no son dos, sino una carne. Pues lo que Dios juntó no lo separe el hombre».

Harto claro les dijo que el intento de Dios en la creación era que nunca se separasen los que una vez se habían unido. El unirse era obra y designio de Dios, y nadie fuera de Dios debía tener autoridad para separar lo que él había unido.

Y bien lo entendieron ellos, pues viendo la indisolubilidad absoluta que les imponía, mucho más estrecha que la de Hillel, y que la de Schamai, le replicaron:

«—Pues entonces ¿cómo Moisés mandó dar libelo de repudio y repudiar?»

«Dijoles:—Es que Moisés por la dureza de vuestro corazón os escribió este precepto y os permitió repudiar a vuestras esposas; pero no fué así desde el principio».

En rigor Moisés nos mandó dar libelo de repudio, sino que viendo que lo daban muchos, para evitar mayores males, si bien no prohibió que se repudiase, como muchos lo hacían, pero lo dejó así, transigiendo por la dureza del pueblo judío, que no le hubiera obedecido, y se contentó con señalar las precauciones que en esos casos habían de tomarse. Y así es de considerar el texto del Deuteronomio, el cual es de esta manera: «Si el hombre toma una mujer, y la tiene, y si ella llega a ser desagradable a sus ojos por alguna cosa repugnante, y si su marido le escribe libelo de repudio, y se lo da en su mano y la echa de casa, y si ella salida toma otro marido, y éste también la aborrece, y le da libelo de repudio, y le echa de casa, o muere, no podrá el primer marido recibirla como esposa porque está manchada». Donde Moisés propiamente no dice que se dé ni no se dé libelo de repudio, ni que se separen los casados, sino que prohíbe que la mujer repudiada por el primer marido y unida con otro segundo, vuelva después al primero.

Y en fin, dejando a un lado lo de Moisés, va el Maestro a proponer su doctrina, y dice:

«Yo os digo que cualquiera que repudie a su mujer, a no ser por fornicación, y toma otra es adúltero; y el que toma a la repudiada es adúltero».

Y con esto fuese a casa. La sentencia del Salvador era clara y la entendieron bien los oyentes. Era absolutamente indisoluble el matrimonio, en cuanto a su vínculo. Si alguna mujer era infiel, podría sí el marido echarla, pero si tomaba otra mujer era adúltero, porque no se rompía el vínculo. Y de tal modo no se rompía, que si alguno tomaba a la repudiada era también adúltero.

No debieron quedar conformes con esta doctrina los discípulos, porque llegados a casa otra vez le preguntaron lo mismo. Y les dijo:

«—Todo el que repudie a su mujer y tome otra comete con ella un adulterio. Y si la mujer deja a su marido y se casa con otro, es adúltera».

«Dícenle sus discípulos:—Si tal es el arreglo del hombre con la mujer no conviene casarse».

«Y el dijo:—No todos cogen esa sentencia, sino aquellos a quienes se concede. Porque hay eunucos que nacen así del vientre de la madre, y hay eunucos que los hacen los hombres, y hay eunucos que se hacen a sí mismos por el reino de los cielos. El que puede alcanzar esto que le alcance».

Preciosa y delicada fué la doctrina que explicó Jesús en esta plática con sus discípulos. En ella invita suavemente a todos a alcanzar la virginidad, y a vivir en ella no por motivos humanos, por comodidades temporales, por circunstancias de la vida o necesidad de naturaleza, sino por la santidad, por el amor de Dios, por el reino de los cielos.

205. DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN A MÍ

(L. 18, 15-17; Mc. 10, 13-16; Mt. 19, 13-15)

Y siguió predicando por aquellos contornos. Y como suele suceder entre nosotros, sucedía también entonces que los niños, ora traídos por su curiosidad, ora presentados por sus madres, venían en gran número y estorbaban sin duda con sus inquietudes e informalidades a los grandes.

«Presentábanle, dice el Evangelio, los niños para que les impusiese las manos y orase. Y los discípulos, viendo esto, amenazaban a los que los presentaban y los reñían».

«Pero viendolo el Señor lo llevó a mal, y llamándolos dijo:—Dejad que los niños vengan a mí, y no los apartéis; porque de los tales es el reino de los cielos. En verdad os digo que quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él».

«Y abrazándolos y poniendo sobre ellos sus manos los bendecía. Y luego se partió de allí».

206. EL JOVEN QUE BUSCABA LA PERFECCIÓN

(L. 18, 18-23; Mc. 10, 17-22; Mt. 19, 16-22)

Caminaba Jesús hacia Jerusalén, y aún vibraban en los espíritus los últimos dulces recuerdos de sus caricias a los niños, aún se oían las alegres risas de los infantes amados

del Maestro, cuando al ponerse Jesús en camino se adelantó afanoso hacia él un joven. Su porte distinguido, la finura de sus maneras, la discreción de sus palabras revelaban enseguida un adolescente de buena familia y un espíritu de cualidades nada vulgares. En efecto, era un Príncipe. No un príncipe del Sanedrín, porque siendo muy joven no podía serlo, sino un príncipe de la sinagoga.

En cuanto llegó a Jesucristo dobló ante él reverente su rodilla, y con mucha cortesía le preguntó:

«—Maestro bueno, ¿qué de bueno tengo que hacer para tener la herencia de la vida eterna?»

Como el joven le creía hombre, Jesús rechaza delicadamente la alabanza, y discretamente le indica que si es bueno es Dios.

»Díjole Jesús:—¿Por qué me llamas bueno? ¿Por qué me preguntas del bien? Nadie es bueno sino solo Dios. Pero bien, si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos».

Algo perplejo debió quedar con esta respuesta el joven, que esperaba sin duda instrucciones subidas y propias de tan eximio Maestro como Jesucristo; no atinaba lo que quería decir con aquel guarda los mandamientos. «Díjole, pues:—Y ¿cuáles?»

»Díjole Jesús:—Ya sabes los mandamientos: no matarás, no fornicarás, no robarás, no dirás falso testimonio; honra a tu padre y tu madre, y amarás a tu prójimo como a tí mismo». Y así le fué diciendo salteados algunos mandamientos.

»Repuso el joven diciendo:—Maestro, todo eso lo he observado desde mi niñez. ¿Qué más me hace falta?»

Ya sabía el Señor que quien le preguntaba había observado todo eso desde su niñez, pero como él en lo exterior procedía en general solo por su ciencia experimental, como si fuera de esta no supiese nada por su ciencia divina, al oír esto fijó cariñosamente su amable mirada en el joven, sonriéndole, y añadió:

«—Una cosa te falta todavía. Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme.

»Cuando el joven oyó esto, se puso muy triste y se fué apenado, porque era muy rico».

Ya habíamos cogido simpatía por este amable y discreto adolescente. Su pureza de costumbres ha cautivado al mismo Dios. Parecía hombre apto, no solo para entrar en la gloria, sino para llegar a la perfección de los consejos evangélicos. Jesús le traza este altísimo camino de la pobreza, castidad, obediencia y fuga del mundo por seguir solo a Cristo. A juzgar por la dulce mirada que le dirigió cuando le dijo que había desde su niñez guardado los mandamientos, está deseando recibirle entre sus discípulos... Pero el joven oye, sí, los consejos de Cristo, mas no tiene valor para seguirlos. Y viendo que la perfección era más cara de lo que él creía, pues le costaba toda su hacienda, fuese triste y apenado porque, dice el evangelio, era muy rico...

207. LA RIQUEZA Y LA POBREZA EN EL EVANGELIO

(L. 18, 24-30; Mc. 10, 23-31; Mt. 19, 23-30)

Quedóse el Salvador triste viéndole irse, y volviéndose entonces a sus discípulos y mirándolos a todos, les dijo:

«—De verdad os digo: ¡qué difícilmente entrarán los que tienen dinero en el reino de los cielos!»

Estupefactos quedaron los discípulos al oír tales palabras. Volvió Jesús a repetir la misma sentencia, y casi con las mismas palabras dijo de nuevo:

«—Hijitos, ¡qué difícil es que los que confían en el dinero, entren en el reino de Dios! Os lo repito otra vez, más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de los cielos.

»Oyendo esto los discípulos, se admiraban más cada vez, y se decían unos a otros: Pues ¿quién podrá salvarse?»

»Y mirándolos Jesús, les dijo:—Para los hombres eso es imposible, pero no para Dios, porque para Dios todo es posible».

Hipérbole era sin duda y modo de decir el de Jesucristo, y su comparación del camello. Pero grande debe ser la dificultad de entrar en el cielo cuando se tiene amor a las riquezas, puesto que tanto insistió Jesucristo en esta afirmación y tanto estupor causó en sus discípulos su modo de hablar.

Temán los ricos, porque debe ser grande su peligro, si

no se fortifican contra las innumerables tentaciones que hacia todas las concupiscencias traen las riquezas consigo.

Pero anímense, porque, aun siendo ricos, pueden ser pobres de espíritu y vencer todos los peligros de la riqueza con el favor de Dios, que Jesucristo les promete.

Mas los que, como aquel príncipe simpático, pero un poco pusilánime y demasiado apegado a las riquezas, sientan la voz del Señor, que los mira con complacencia, y los invita a la perfección de ser sus discípulos, no se aparten tristes, sino quédense con Cristo pobre por nuestro amor, que ganarán mucho.

Oíganlo sino.

Gran confianza infundió a los apóstoles el tono de familiaridad con que Jesucristo se desahogaba con ellos, y animándose Pedro, como solía, le dijo:

«Pues nosotros ya lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué habrá, pues, para nosotros?»

»Y les dijo Jesús:

«—Yo os digo de veras, que vosotros, los que me habéis seguido a mí, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel. Y todo el que haya dejado casa o hermanos o padre o madre o mujer o hijos o tierras por mi nombre, por el evangelio, recibirá cien doblado en este tiempo con persecuciones y en el siglo futuro heredará vida eterna.

«Pero muchos primeros serán postreros y muchos postreros serán primeros».

No es fácil entender cómo los apóstoles han de juzgar y a quiénes; pero es seguro que han de ejercer alguna acción judicial conjuzgando con Cristo a las doce tribus de Israel, es decir, según entienden más comunmente, a todos los pueblos comprendidos en el nombre de las doce tribus. Claro es, dicen también, que en este número no se incluye Judas, que no siguió a Jesús, ni se excluye a San Pablo, que fué considerado apóstol como los doce. La regeneración será sin duda aquella de que habla San Pedro cuando dice que «esperamos nuevos cielos y tierra nueva, según las promesas divinas, en los cuales reine la justicia», y aquella que vió San Juan en el Apocalipsis, cuando dice

que «vió cielo nuevo y tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra se fueron y el mar no existe». Verémoslo también nosotros, según esperamos, en el día del juicio y fin del mundo.

De esta manera el nuevo Rabí, Jesucristo, reformaba aquellas ideas de los rabinos antiguos, de que la pobreza era peor que todas las plagas de Egipto reunidas, peor que toda otra miseria, la más horrible aflicción que puede venir al hombre... Qué distinta manera de juzgar la de Dios y la de los hombres codiciosos.

Grandes alabanzas y grandes premios señala el Maestro a la pobreza evangélica y a la caridad cristiana. Y claro es que no ha de entenderse que da Dios a la letra el cien doblado en esta vida. Pero, como yo entiendo, a quien deja cualquiera cosa en este mundo por Jesucristo, Jesucristo le da una consolación, un modo de vida más feliz, más dichoso, más sabroso cien veces aun en esta vida que lo que hubiera gozado si hubiese conservado lo que dejó por Cristo.

Y esto, aunque lo que se deje no sea tanto como aquel Príncipe hubiera dejado, sino tan poco como dejó San Pedro. «Gran confianza, dice San Jerónimo, Pedro no era más que pescador, no había sido rico, ganaba su sustento con el trabajo de sus manos, y sin embargo habla confiado: *Hemos dejado todo*». Y es que ese *todo*, aun para el más pobre comprende innumerables cosas, innumerables esperanzas, innumerables deseos e imaginaciones, cuya renuncia cuesta acaso más a muchos pobres, que a algunos ricos la posesión de aquello de que ya, por haberlo probado, tienen experiencia que no vale nada ni satisface nunca.

208. PARÁBOLA DE LOS OBREROS DE LA VIÑA

(Mt. 20, 1-16)

Una sentencia había dejado el Maestro caer al fin de su conferencia anterior, que necesitaba, sin duda, mayor explicación. «Muchos primeros, les había dicho, serán postreros, y muchos postreros primeros». Era que Jesucristo no quería que nadie tuviese demasiada confianza en sí mismo, sino que siempre se considerase como dependiente de la

mano y gracia de Dios. Y para confirmarlos en esta idea tomando el hilo de esta sentencia, díjoles esta parábola:

«Es el Reino de Dios semejante a un padre de familia, que salió al rayar del alba a alquilar obreros para su viña».

Tal suele hacerse hoy también en algunas de nuestras poblaciones agrícolas, en que se juntan ya de mañana todos los braceros en la plaza a esperar allí a quien los alquile.

»Y ajustando algunos obreros a denario por día, los mandó a su viña.

»Y saliendo a la hora de tercia (que es media mañana) vió a otros que estaban en la plaza ociosos, y dijo también a aquellos: Id también vosotros a la viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos se fueron.

»Y saliendo otra vez a la hora de sexta y a la de nona (que son el mediodía y a media tarde) hizo otro tanto.

»Y a la hora undécima (que es al caer del sol) habiendo salido encontró otros que estaban parados, y les dice: ¿Cómo estáis todo el día sin hacer nada?

»Dícnle: es que nadie nos ha alquilado.

»Díceles: subid también vosotros a la viña.

»Llegada la noche dice el Señor de la viña a su administrador: Llama a los obreros y págales el jornal comenzando por los postreros hasta los primeros.

»Viniendo, pues, los de cerca de la hora undécima, recibieron a cada denario.

»Mas al cobrar murmuraban contra el padre de familia diciendo: Estos postreros no han hecho más que una hora y los has igualado con nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor.

»Pero él respondiendo a uno de ellos, le dijo: Amigo, no te hago injusticia. ¿No te ajustaste por un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero dar a éste, que es el último, lo mismo que a ti. ¿O es que no puedo yo hacer lo que quiero de lo mío? ¿O ha de ser malo tu modo de ver porque yo soy bueno?

»Así los postreros serán primeros y los primeros postreros. Porque muchos son llamados pero pocos escogidos».

¡Misteriosa parábola! No es fácil su inteligencia plana. Lo que en ella resulta claro es que el Señor a nadie deja de

dar lo que le prometa por su palabra. Que a pesar de eso la distribución de sus gracias por su palabra. Que a pesar de eso depende siempre de su voluntad la abundancia de sus favores, solo según nuestros méritos, sino tan reparte sus dones, no y generosa providencia. Que no puede que según su libre quien da lo pactado, pues aun éste recibe lo que aquel a suyo no está obligado a darle, sino porque se obligó con su libre palabra. Mucho debe agradecer el que por nada y gratis del todo reciba los excesos de su generosidad. Y ¿quién de nosotros no habrá cien veces recibido esta sobreabundancia de la gracia?...

Además Jesús a todos da el denario de la vocación y de la gracia suficiente, sin atender a sus propios méritos. Aunque luego de recibido el denario cada cual debe ver lo que con él hace. Y esto nos servirá para que temblemos de la última sentencia que añade un misterio más a la parábola: «muchos son los llamados». Ciertamente a la salvación, a la gracia, al denario diario, todos son llamados, y aun a la perfección muchos, como aquel joven que poco antes se había marchado; pero muchos de estos llamados no serán de hecho escogidos para el reino, porque no negociarán con ese denario lo que negociar debieran.

¡Oh buen Padre de familia! llámanos! pero también escógenos! Porque ¿de qué nos servirá haber sido llamados si no somos escogidos? Y siempre ¡consérvanos primeros! Primero fué Judas y vino a ser postrero! y ¡tan postrero! Último fué Saulo y vino a ser primero! Oh misterios de la gracia de Dios! Primeros eran los sacerdotes, escribas y doctores y vinieron a ser desechados! Últimos eran aquellos pobres, indoctos y mezquinos galileos y el Maestro los ponía, sin méritos al frente de las doce tribus de Israel y de los hijos todos de Abraham! Y ¡cuántos tal vez fueron llamados como ellos! mas ellos solo fueron elegidos...

209. NUEVA PREDICCIÓN DE LA PASIÓN

(L. 18, 31-34; Mc. 10, 32-34; Mt. 20, 17-19)

A todo esto iban caminando hacia Jerusalén. Nunca había estado en la sagrada ciudad sin experimentar contradicciones, recibir amenazas y provocar grandes iras de parte

de los príncipes. Sobre todo las ^{de} ~~de~~ estancias fueron peligrosísimas: escapar de Nazaret, seguía condenado a muerte por Jerusalén sería atormentado y muerto. Y aun- ~~ti~~ ^{ti} no sabían compaginar lo que les decía el Señor, pero ya entendían que Jerusalén para él y para ellos encerraba un tremendo peligro. ¿No habían de temer?

Tanto más que en el aire del Maestro también advertían lo mismo que otras veces habían advertido, y es que a medida que se acercaba a Jerusalén, parecía poner más esfuerzo y ánimo, salía de su paso ordinario, caminaba delante de todos, llamando la atención su afán y premura. Andaba como quien recelaba algo en la ciudad santa.

Esta vez, dice San Marcos. «al subir a Jerusalén Jesús caminaba adelantándose a ellos, y ellos se espantaban y siguiéndole temblaban».

Su instinto y el conocimiento que tenían del Maestro les hacían creer que había algo extraordinario. Sea que ellos se lo diesen a entender, o que el Maestro de suyo quisiese explicárselo, tomó a los doce en secreto y comenzó a decirles lo que iba a pasar.

Era la primavera, florecían los campos de Judea, se acercaban a la opulenta y florida Jericó, todos los contornos de Jerusalén, todos los caminos que a ella conducen estaban llenos de gente de fiesta que iba a la pascua; pintorescas y animadas caravanas de diversos países y colores surcaban los caminos, voces de alegre peregrinación y cantos de viajeros alegraban los campos, la luna nueva enviaba, aunque tenue, su cenicienta luz a la tierra anunciando la gran fiesta. Pero el Corazón de Jesús latía con nada alegres pensamientos. El Cordero de Dios pensaba en los pecados del mundo, y en la sangre que para quitarlos tendría que derramar en medio de terribles tormentos de allí a dos semanas cuando aquellas flores se abriesen, y aquella luna nueva se llenase... Así, pues, vuelto a sus discípulos, que con estupor y temblando le seguían, después de separarlos de los demás de la turba y hablándoles con solemne secreto, les dijo:

«Por fin subimos a Jerusalén y se van a cumplir al Hijo

del hombre todas las cosas escritas por los profetas. Porque será entregado a los príncipes de los sacerdotes, y a los escribas y a los ancianos, y le condenarán a muerte, y lo entregarán a los gentiles, y le escarnecerán, y le escupirán, y le azotarán, y le matarán; y al cabo de tres días resucitará».

Bien claro estaba el vaticinio. Y hoy que sabemos los acontecimientos, no tenemos más remedio que pasmarnos de la exactitud con que se cumplieron todas las palabras de Cristo. Aunque en verdad poco nos maravilla a los que tenemos fe cierta de la divinidad del Nazareno.

Los discípulos oyeron, pero dice San Lucas una cosa, que a primera vista parece extraña, aunque no es la primera vez que esto sucede. «Mas ellos, dice, nada de esto entendieron, y estas ideas estaban escondidas para ellos, ni entendían lo que se les decía».

No debe creerse que no entendían lo que Cristo decía, pues todo ello era bien claro y sencillo en sentido literal. Sino que no se daban cuenta de cómo podían conciliarse todas aquellas ideas y revelaciones entre sí y con la persona del Mesías y del Hijo de Dios; y así sospechaban si habría allí otro sentido alegórico u oculto, que ellos no alcanzasen. Mas tampoco se atrevían a preguntarle por no hallarse con lo que ellos temían.

De este modo perplejos y en triste silencio caminaron durante algún tiempo, cuando, antítesis inverosímil de lo que acababa de vaticinar para sí el Rey de la gloria, ocurrió un caso de los más graciosos que se registran en el Evangelio.

210. LAS PRETENSIONES DE LOS HIJOS DEL ZEBEDEO

(Mc. 10, 35-40; Mt. 20, 20-23)

Debía el Maestro ir un poco separado de los otros, cuando humilde y reverente se adelantó una mujer. Era Salomé, la madre de Santiago y de San Juan. Acercóse, hízole una humilde reverencia, y díjole que le quería pedir una cosa, y que se la concediera.

«Díjole el Señor:—¿Qué quieres?»

»Díjole ella:—Maestro, dí que se sienten estos dos